

**José Fernández Bremón**



**El Nacimiento  
de la Pulga**

**textos.info**  
biblioteca digital abierta

---

# **El Nacimiento de la Pulga**

José Fernández Bremón

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

## **Texto núm. 8331**

---

**Título:** El Nacimiento de la Pulga

**Autor:** José Fernández Bremón

**Etiquetas:** Cuento

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 18 de julio de 2024

**Fecha de modificación:** 18 de julio de 2024

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# El Nacimiento de la Pulga

En los primeros tiempos, cuando toda la materia fue poco a poco condensándose y tomando forma, dijo Dios al Genio de la Tierra:

—Ha llegado el momento de poblar de vivientes tu planeta: convoca a los espíritus creados para habitarla y que elijan cuerpo y manera de vivir a su gusto. Y hágase.

El Genio bajó a la Tierra para obedecer sin discutir; pero muy desconsolado, y pensando que aquel decreto iba a arruinar el planeta que se le había confiado, decía con tristeza:

—¿Habré cometido alguna falta en la distribución de montañas y llanuras, climas y paisajes, y curso y reglamento de las aguas? ¿Estarán mal calculados los movimientos de la atmósfera? ¿Parecerán mezquinos los árboles que yo creía tan gallardos, y las variedades que imaginaba tan complicadas e ingeniosas de los minerales y las plantas? Bajo el temor de haber desagradado, ahora me parece ruda y bárbara mi obra. ¡Qué pálidos, escasos y pobres son los colores que ha combinado con las vibraciones de la luz, y qué mal dispuestas me parecen las leyes del sonido, de la gravedad y del calor! Los contornos de las montañas y la forma de los continentes no tienen armonía y son extravagantes.

Y un pensamiento aún más terrible le hizo afligirse hasta el extremo.

—¿Habré revelado por torpeza el gran secreto del crear, que se me ordenó poner de manifiesto claramente, pero de modo que resultase oculto por su misma claridad? Grave ha sido mi error cuando se me manda entregar la Tierra a esos espíritus inquietos e innumerables, para que la estropeen con sus malos instintos, brutalidad, torpeza, orgullo y condiciones destructoras y malignas. Es verdad que no todos son malos, y los hay inofensivos y agradables... ¿Qué resultará?

La primera legión de espíritus que acudió al llamamiento del Genio era la más traviesa y tan numerosa, que a tener cada individuo el tamaño de un

grano de trigo, hubieran formado en montón una cordillera alta como el Himalaya, que rodease todo el ecuador.

—Estáis destinados a vivir —dijo el Genio explicándoles el misterio de la vida—: elegid formas, medio de habitar y la satisfacción de vuestras aspiraciones: yo completaré la máquina del cuerpo para que se cumpla ese destino.

—Está bien —respondieron aquellos espíritus inquietos moviéndose con impaciencia—: queremos vibrar, agitarnos y columpiarnos sin cesar. Formas que varíen, poder rompernos como las nubes... cuerpos de mil clases... y agua en que nadar.

—¿Dónde queréis precipitaros?

—Llena de agua esa cáscara de nuez.

El genio lo hizo admirado, y la legión se precipitó en aquellas gotas de agua, sin hacer rebosar la cáscara, en que todos nadaban a sus anchas.

Y los espíritus se habían convertido en infusorios, orgullosos de su tamaño y encantados de su suerte. Fueron las primeras moléculas de vida que palpitaron en las aguas del planeta.

¡Qué sorpresas tan extrañas experimentó el Genio al ver las formas extravagantes que fueron eligiendo por turno los espíritus, desde la ostra perezosa a la ballena; al ver arrastrarse los reptiles, volar las aves y producir sonidos jamás escuchados en la Tierra! Sería interminable referir el desfile de todos los vivientes. Por fin apareció la pulga, no como la conocemos hoy, sino de una altura de cuatro metros.

Esta vez se alarmó el Genio de la Tierra y subió al trono del Eterno para exponerle sus temores y pedir una gracia.

—Es buena tu intención —respondió el Padre— y te la concedo. Di qué quieres.

—Señor: la legión más revoltosa y maligna ha tomado una forma fea y terrible, y ha caído sobre la Tierra, ávida y voraz: sus fuerzas son colosales, su ligereza superior a todas las criaturas, su altura la mayor entre todos los seres terrestres, y sólo se alimenta de sangre. Pido que se reduzca su tamaño tanto que resulte inofensiva. Hablo de la pulga.

—Elige otro viviente para que cambie de altura.

—Elijo a otro ser pacífico y modesto que se alimenta de hierba y tiene menos altura que una hormiga. Hablo del elefante.

—Sea —dijo el Eterno; y desde aquel instante el elefante adquirió la altura que la pulga había tomado para sí, cuando apareció en tierra dando saltos feroces que llegaban a las nubes. La pulga quedó del tamaño que sabemos.

—Se ha salvado la Tierra —dijo el Genio.

—No —respondió afectuosamente el Eterno—: ese viviente iba a perecer por falta de alimento para su tamaño y excesiva ferocidad, y tu has hecho posible su existencia. Se ha salvado la pulga.

## José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a su patria; ya en ella fue colaborador de *El Globo*, *El Bazar* (1874-1875),

Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.

